

Hollywood sin glamur

Nathaniel West destripó el mundo del cine entendido como una fábrica de sueños en 'El día de la langosta'

J. ERNESTO AYALA-DIP

Hoy presento 'El día de la langosta', del escritor norteamericano Nathaniel West, nacido en 1903 y muerto en 1940 –un día después que su amigo Francis Scott Fitzgerald–, en un accidente de tráfico, junto a su mujer. Nunca había leído que alguien se llamara Nathaniel, excepto Hawthorne (el de 'La letra escarlata') y en el Antiguo Testamento. Al conocerlo, se me quedó

grabado. Más tarde, a los veinte, leí un libro de André Gide, titulado 'Los alimentos terrenales'. Este es un libro de juventud del escritor francés, escrito a la vuelta de un viaje a Marruecos. Lo primero que me llamó la atención fue que el monólogo, visceralmente sensual del narrador, iba dirigido a un tal Nathaniel, como si fuera su otro yo. Años más tarde, cayó en mis manos 'El día de la langosta'. Y entonces me volvió a llamar la atención que el autor se llamara Nathaniel. Me dije entonces, al ver la portada del libro, que con ese nombre de pila tenía que ser un buen escritor. Y lo leí. Me quedé maravillado, una historia terriblemente desoladora y triste,

sin perder nunca una fina ironía, incluso ese humor que gustan tanto a los escritores judíos, que eso era West (que en realidad se llamaba Nathan Wallenstein Weinstein).

La novela tiene varios personajes. Escrita en tercera persona, esa voz, sin embargo se reparte fundamentalmente entre Todun dibujante que es contratado por una productora de Hollywood; Homer Simpson, un empleado de banca, que se refugia en Los Ángeles para escapar de su aburrimiento; y Faye Greener, una eterna aspirante a actriz de fama, que también ve consumir su existencia en su largo y tortuoso sueño.

Tod se enamora de Faye, una



EL DÍA DE LA LANGOSTA
NATHANIEL WEST

Hermida Editores.
184 páginas. 18 euros

chica que vive con su padre, payaso y también eterno aspirante al éxito. Faye y su padre viven al día. Tan al día que a veces Faye se ve obligada a practicar la prostitución. Tod, que sabe eso, solo pretende acostarse con ella una vez. También la pretende el empleado de banca, solo

que de una manera platónica. Su vida es tan aburrida que encuentra consuelo si Faye le dedica una sonrisa o una caricia involuntaria.

Nathaniel West destripa el mundo del cine o la fábrica de sueños. Como también lo hizo a su manera Scott Fitzgerald. Sin embargo, West va al corazón de este drama, la enajenación de los pobres en busca de lo imposible. De su infinito imposible. Años más tarde, cayó en mis manos otra novela sobre el mismo tema, solo que esta vez disfrazada de relato negro. Me refiero a 'Luces de Hollywood', del escritor Horace McCoy. Igualmente dura y desesperanzada. Yo recomendaría leer las tres mejores novelas sobre Hollywood. 'El gran magnate', 'Luces de Hollywood' y esta insuperable de Nathaniel West. Una gran idea su reedición.

UN ÁNGULO ME BASTA

El consuelo ante lo inevitable

Tres novedades editoriales llegan a las librerías para quitarle a la muerte la última palabra

FERMÍN HERRERO



No hay consuelo que valga ante la muerte de un ser querido. Ni siquiera sirve en ese caso, a mi juicio, el recurso a la elegía, válido para alguien menos cercano y por tanto susceptible de ser ensalzado, sin pudor, desde la memoria, si bien para demostrar lo erróneo de mi afirmación valdría con señalar las 'Coplas' manriqueñas. O mismamente 'Una vaga sensación de pérdida', de uno de los narradores actuales del Este que me parece más admirable, el polaco Andrzej Stasiuk (1960), sexto libro (uno de ellos, 'Mi Europa', a medias con el ucraniano Yuri Andrujovich, por desgracia de candente actualidad) que le publica en nuestro idioma Acantilado. No sé qué me deslumbra más, si sus novelas 'El mundo detrás de Dukla', con la que me hice seguidor de su extraordinaria prosa, y 'Nueve', o sus libros aproximadamente de viajes, sencillamente extraordinarios: 'De camino a Babadag', 'Cuentos de Galitzia' y 'Taksim'.

Entre la evocación y el relato, con su inigualable estilo de siempre, pleno de don y gracia narrativos, Stasiuk recobra, a modo de homenaje a una época, la memoria de una abuela, de las últimas que «vieron con sus propios ojos el mundo de los espíritus», a tal punto que «la verdad de que el ser humano es más afín a la muerte, la condenación y el azar que a la salvación se materializaba en su vida», una contadora de historias



DOS VIDAS
EMANUELE TREVI

Sexto piso.
136 páginas. 14 euros.



VIVIR CON NUESTROS MUERTOS
DELPHINE HORVILLEUR

Libros del asteroide.
200 páginas. 18,95 euros.



UNA VAGA SENSACIÓN DE PÉRDIDA
ANDRZEJ STASIUK

Acantilado. 82 páginas. 14 euros.

en cuya trama «se vislumbraba el más allá, lo sobrenatural». También levanta el mundo de un escritor de provincias, de Izbedki, Augustyn, antes y después del derrame cerebral que lo aisló. E incluso, «entre obituario canino y elegía», nos acerca, con mención a las durísimas agonías de muchos ancianos, aparcados y escondidos en hospitales convertidos en morideros, a la «lenta y larga muerte» de una perra mansueta, lo que me ha traído a la cabeza un librito maravilloso, traducido también recientemente: 'Sobre la muerte de un perro' (Periférica) de Jean Grenier, profesor y amigo de Albert Camus.

Más de la mitad de 'Una vaga sensación de pérdida', redondeada con ilustraciones de Kamil Targisz, la ocupa Grochów, nombre de un barrio popular de la Varsovia natal del autor, de la parte de la ciudad llamada Praga. Se recupera, en primera persona del plural, a un compañero de viaje, a los renegados de una sociedad esclerotizada, de ahí la frase que da título al volumen, como réquiem por su generación, trufado de nostalgia del empuje y la libertad de la juventud aun en las peores circunstancias. Incluye gratas escapadas a Budapest y a Pirano, antes Pirano, orilla de Adriático, un lugar costero de Eslovenia cerca de Trieste que me trae también muy buenos recuerdos de mi mocedad.

De un cuento del mentado Augustyn se dice exactamente aque-

llo que nutre la «prosa verdadera» de Stasiuk: «detallismo, sentido de la observación, ligera distancia con respecto al tema, leve autonomía, descripción ágil y calidez salpimentada de amargura».

El cuarteto evocativo de Stasiuk se limita a 'Dos vidas' (Sexto Piso) en la narración, sutil y cálida, del romano Emanuele Trevi (1964), merecedora del prestigioso premio Strega del año pasado. Me puse a leerla porque hablaba de Pia Pera, uno de mis últimos descubrimientos, gozoso como pocos, aún tengo el regusto de la lectura de 'El huerto de una holgazana', como el anterior editado por Errata Naturae, que ha afianzado mi deslumbramiento primero con 'Aún no se lo he dicho a mi jardín', verso de Emily Dickinson.

Aprender a morir

Trevi celebra su vida y obra, al igual que la de otro amigo escritor, Rocco Carbone, creo que sin traducir al español, muerto todavía más prematuramente, a causa de un accidente con su moto; Pera luchó en vano, denodadamente, con una entereza modélica y sabia, contra la ELA.

Ambas semblanzas, que se alternan en el texto, parten de la admiración y están como purificadas, traspasadas por sagaces matices psicológicos e incursiones honestas en el terreno de la amistad. Constituyen en realidad plantos celebrativos de primer orden, lejos de cualquier ventajismo sen-



timental: la cita inicial de otra de mis debilidades italianas, la no menos inclasificable Cristina Campo, alude justamente a la extrema dificultad de ser felices. A su manera, tan distinta, lo fueron Pera y Carbone. De la primera, 'rara avis' donde las haya, «un alma límpida y sensible», encantadora, tímida y a la vez descarada, un crítico dijo, con motivo de su celebrada traducción de 'Eugenio Oneguín', que para llevarla a cabo había «que ser, al menos, leve, rebelde, fatua, valiente, profunda, ágil, algo atolondrada y muy minuciosa», ristra de adjetivos que define a la perfección su carácter. De Carbone, personalidad volcánica y sombría con su malestar existencial siempre a cuestas, propensa a tempestuosas relaciones y crisis maníacas, estructuralista árido y semiólogo, aunque renegó muy pronto de ambas disciplinas, setero experto, se valora su decantación estética hacia lo esencial, casi desesperada, obsesionado como estaba por pulir y simplificar de continuo. Tre-



ANIMALES LUMINOSOS
JEREMÍAS GAMBOA

Literatura Random House.
224 páginas. 18,90 euros.

Estamos en Boulder, ¿ciudad? universitaria de Estados Unidos. En noviembre de 2005. Facebook está en pañales y Obama todavía no es presidente. Toda la novela transcurre en una sola noche. El narrador (no sabremos su nombre hasta el final, y esto tiene un porqué clave) es un joven peruano

que lleva cuatro meses en EEUU, abriéndose camino en el mundo académico. Hace poco conoció a un chaval –con el que hace intercambios de conversación (español inglés)– y que le ha invitado a cenar al restaurante donde trabaja un amigo. Y aquí comienza esta noche que les llevará por bares de copas y discotecas. La barrera del idioma y el alcohol de la noche hacen todo más nebuloso. Porque, a través de los ojos del narrador, no sabemos muy bien qué relaciones se dan entre los otros personajes, qué conversaciones tienen en la oscuridad del bar... Hasta que todas las piezas comienzan a encajar en un libro sobre la identidad, las migraciones y la herencia recibida. **V. V.**



LA FRONTERA INVISIBLE
JAVIER REVERTE

Plaza y Janés.
320 páginas. 22,90 euros.

Este fue el último viaje que hizo Javier Reverte antes de morir y hay pasajes del libro en las que el escritor viajero parece despedirse de la vida y sus lectores. «Se viaja para sentir, comprender a los otros y encontrarse a uno mismo. A menudo no se consigue nada de todo eso, pero

siempre es honesto hablar de tus fracasos», dice en la p. 208. Y antes, en la 153, deja caer: «El día que renuncie a ir en busca de cosas semejantes (ese sentir, comprender...), convocaré a mis amigos para que carguen con mi ataúd». O esa nostalgia al recordar el viaje que, medio siglo atrás, hizo por allí con su mujer. Javier Reverte recurre de nuevo (en este viaje a las fronteras invisibles entre oriente y occidente: de Turquía a Irán) a ese formato de libro de viajes que tan buenos réditos le dio, con su experiencia salpicada por datos históricos, lecturas y párrafos procedentes de obras de grandes autores (de Heródoto a Pérez Galdós). **V. V.**

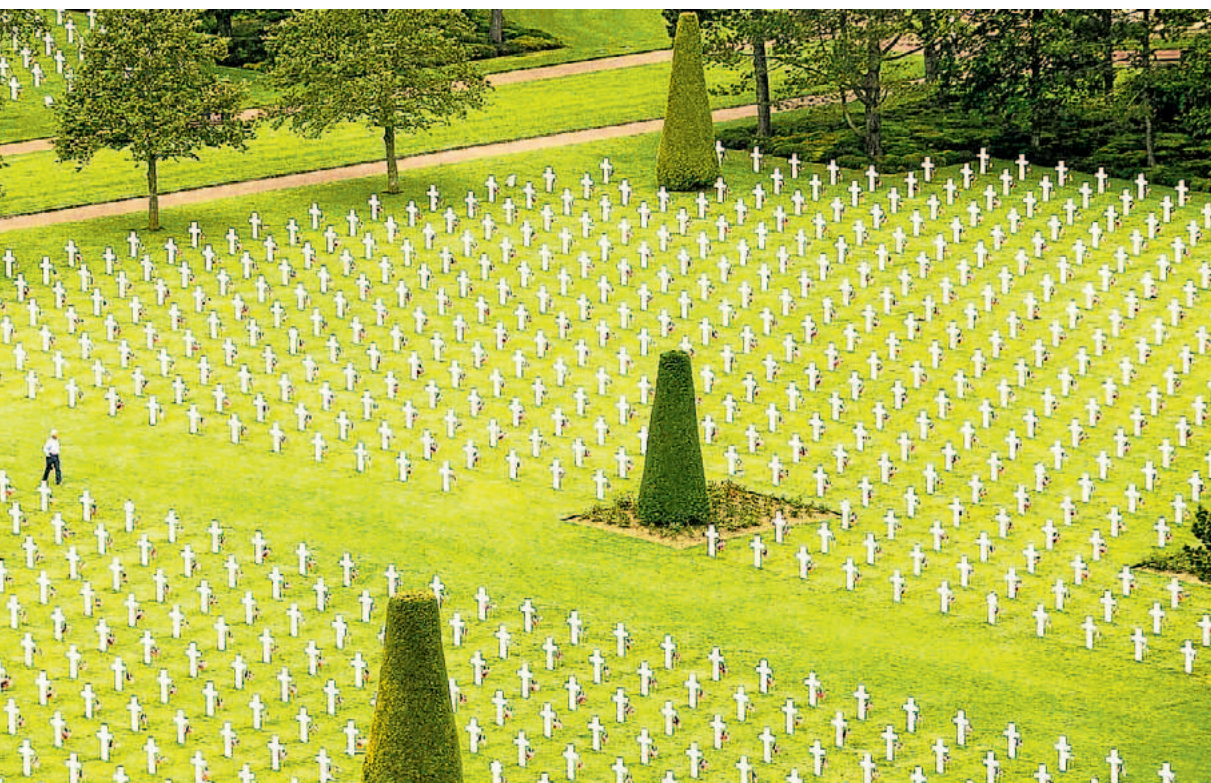


ESTÁN TOCANDO NUESTRA CANCIÓN
MÁXIMO PRADERA

Libros del Kultrum.
368 páginas. 22 euros.

‘Like a rolling stone’, de Bob Dylan nació con tiempo de vals. En ‘Reach out I’ll be there’ se llevaba al cantante barítono de los Four Tops al límite de su tesitura para que la canción pareciera más desgarradora. Frank Sinatra destestaba ‘Strangers in the

night’. ‘Moonriver’ estuvo a punto de no sonar en ‘Desayuno con diamantes’. ‘La marsellesa’ no nació en Marsella, sino en Estrasburgo. Adolf Hitler tarareaba a menudo ‘¿Quién teme al lobo feroz?’, de ‘Los tres cerditos’. Máximo Pradera ha escrito un libro cargadito de anécdotas como estas y muchas más. Elige a varios personajes históricos (Sadam Husein, Napoleón, Isabel II o Franco) para ver cuáles eran sus canciones preferidas y, a partir de ahí, construir un retablo de curiosidades sobre cómo se compusieron algunas de las piezas más relevantes de la música clásica y pop. Una lectura muy curiosa y entretenida. **V. V.**



Vista del Cementerio Americano de Normandía en Colleville-sur-Mer (Francia). LARRY DOWNING-REUTERS

vi se aplica esta aprensión hacia toda carga retórica y cualquier atisbo de artificio, huye en todo momento del manierismo, la complicación y la confusión, para ofrecernos, al decir de la crítica del Corriere della Sera Livia Manera, «la emoción de una revelación estética cargada de asombro y maravilla».

No sabía si terminar estas recomendaciones de hoy en torno a la muerte y a la vivencia del duelo con ‘La experiencia de la pérdida’ (Fragmenta) de Joan-Charles Mèlich o con ‘Vivir con nuestros muertos’, de Delphine Horvilleur (1974). Los dos son soberbios. Me he decidido por este último ya que hemos comentado aquí algún escrito del filósofo catalán, pero ignoraba la existencia de Horvilleur, una de las tres rabinas de Francia, en su caso en cierto modo laica. Se trata de su último libro ensayístico, del año pasado, éxito de ventas en el país vecino, de lo que se deduce que, por suerte, la li-

teratura y el comercio no funcionan igual allende los Pirineos, pues lleva facturados más o menos, según dicen, el mismo número de ejemplares que aquí, por caso, Paz Padilla, narradora de pro y como tal invitada por los Reyes al ágape del Cervantes.

El ensayo es una gozada, se divide en once partes: la primera, introductoria, se centra en Azrael, el ángel de la muerte, para después referirnos historias de vidas y de duelo, fruto de su experiencia de acompañamiento, desde la de la cineasta Marcelline Loridan-Ivens y su amiga, también «chica de Birkenau», la exministra Simone Veil, a una psicoanalista sefardí víctima del atentado terrorista de Charlie Hebdo; desde una pobre criatura a la que se le ha muerto su hermano a otra superviviente, húngara, de Auschwitz, donde llegó viuda y fue gaseada su hija; desde una viejecita del Upper East Side neoyorkino que superó una depresión de caballo aficionándose

con celo macabro a su propio funeral a Edgar, tío de la autora y símbolo de sus ancestros, cuya tumba fue profanada por antisemitas en Alsacia.

Asidua, por su condición, de los camposantos, ha ideado muchas estrategias, más bien estratagemas, mundanas para tratar de mantener a raya a la muerte y sus efectos. En todas ellas da muestras de su dominio de la tradición judía, tan rica en el campo narrativo, y de su capacidad para procurar consuelo o, al menos, alivio durante el duelo, haya o no kadish, esa «plegaria casi mágica», como un mantra de alabanzas.

De paso, nos recomienda cómo «aprender a morir», a afrontar las fases ineludibles ante la inminencia de desenlace (negación, ira, negociación, depresión y resignación) y el miedo insuperable a la desaparición. Qué más se puede pedir a un libro con la temática que nos ocupa.

AL PIE DE LA LETRA

CARLOS AGANZO



Hieren todas, la última mata

Fuera de toda escuela, la obra de Manuel Álvarez Ortega (Córdoba, 1923-Madrid, 2014) es una de las más singulares y personales de su tiempo. Un tiempo que se inauguró en 1948 con ‘La huella de las cosas’ y que deja el legado de más de una treintena de libros de poemas, escritos prácticamente hasta el día de su muerte, si bien en un determinado momento de su vida, al cumplir los sesenta, el escritor quiso dejar cerrados y acabados en su ‘Obra poética 1941-1991’. Nada más lejos de la realidad. A todo este trabajo hay que añadir la incesante actividad del escritor cordobés como traductor, con algunas espléndidas versiones de autores como Saint-John Perse, Apollinaire, Paul Éluard, Jules Laforgue, Lautréamont, Milosz o André Breton.

Es a esta última faceta suya a la que rinde homenaje la obra ‘Hieren todas. Antología poética plurilingüe’, publicada por Devenir, y que cuenta con edición y epílogo-estudio de Guillermo Aguirre, y prólogo de Rosa Pereda. Textos que toman como base aquella ‘Antología poética 1941-2005’, publicada por este mismo sello, a la que se añaden poemas de otros libros suyos como ‘Génesis’ (1975), ‘Cenizas son los días’ (2011) y ‘Última necat’ (2012). Todos traducidos a las más diversas lenguas. La respuesta a parte de lo mucho que él entregó al mundo de la poesía y la consecuencia del homenaje nacional que le rindió la Universidad Complutense de Madrid el año pasado.

También la oportunidad de volver a leer a este escritor dedicado en cuerpo y alma a la depura-



HIEREN TODAS. ANTOLOGÍA POÉTICA PLURILINGÜE
MANUEL ÁLVAREZ ORTEGA

Editorial Devenir. 184 pág. 15 euros

ción de su obra. Un ‘purgatorio’, en palabras de Pereda, que hizo de la suya una expresión poética única, fruto de un intenso compromiso con la palabra. Y un proceso creativo parte del cual, si bien de manera misteriosa, quedó reseñado en su libro ‘Intratexto’: una poética fragmentaria donde se adivina su originalidad más allá de su propia generación y de las generaciones con las que convivió su poesía. Una maestría celebrada por poetas como Jaime Siles, Antonio Colinas, César Antonio Molina o Marcos Ricardo Barnatán, que hoy forman parte del patronato de la Fundación Manuel Álvarez Ortega.

Purgatorio poético y tal vez, visto en su conjunto, el testimonio literario de un vibrante existencialismo jazzístico, como adivina Rosa Pereda. La inquietud que mueve sus primeros versos, cuando escribe en los cuarenta, casi como un viejo blues: «Y yo, que me siento apagado, sólo sombra, alzo mi rostro a las cosas y les pregunto: / y nadie, nadie sabe decirme el porqué de mi vida». Y la respuesta concreta a partir de los hechos: más de sesenta años en «ejercicio de contrapunto y fuga», como escribe Aguirre, dedicados por completo al poema.